

decir que escribía para las provincias romanas y no para la ciudad, sin embargo no le han faltado elogios de Cicerón, Quintiliano y del mismo Horacio, llegando en tiempo de Tácito á ser preferido al poeta venusino. Lucilio dedicó entero el libro IX de sus *Sátiras* á cuestiones gramaticales, impugnando á Accio sobre todo en su teoría de reduplicación de vocales largas, é introduciendo innovaciones como la de que el nom. pl. de la segunda declinación se escribiese con *ei* en vez de *i*, que reservaba para el gen. de singular de dicha declinación. A estos escritores principalmente, y en general á los cultivadores de la *poesía épica* que velaron solícitos por la severidad métrica, son debidos los progresos del idioma del Lacio en la época *arcaica* y la distinción que entonces se estableció entre el *sermo rusticus* del pueblo, el cual continuó hablando en la primitiva forma suelta é independiente, y el *sermo urbanus*, que va limándose, enriqueciéndose y regulándose cada vez más por obra de la literatura, hasta formar lenguaje distinto del todo é incomprensible para la mayoría del vulgo (1).

(1) Para apreciar la diferencia lingüística en el sentido indicado, basta comparar los restos literarios anteriormente aludidos del período primario con el período arcaico á que nos referimos. Dentro del mismo período arcaico es dado encontrar ejemplos elocuentes de las dos clases de *sermones latini*. Al lado de Ennio y de Plauto, p. ej. las páginas latinas del decreto de L. E. Paulo (inscripción en bronce, descubierta en España en 1867) y del documento de los bacanales, uno y otro del tiempo del mismo Plauto, ofrecen diferencias muy notables, lo mismo fonéticas (comp. *ceiueis* y *civi, cinvorsei* y *univarsi, arfuisse* y *adfuisse*, etc.), que morfológicas y de flexión (*nominus* genit. por *nominis*, *senatuus* genit. por *senatus*, *conventionid* ablat. por *contione*, *potisit* por *poterit*, *adiese*—*adiisset*, etc.) Recuérdese que gran parte del lenguaje de las comedias plautinas está directamente tomado de boca del pueblo cuya libertad y soltura lingüística intentó reproducir, para apreciar en el cotejo con las aludidas formas arcaicas la diversidad de expresión entonces reinante. Por lo demás, con todo el relativo progreso literario que suponen los escritos de Ennio Plauto, Terencio etc., su lenguaje resulta lleno de arcaísmos cuando nos trasladamos á la época del clasicismo latino, última manifestación del primitivo *sermo urbanus*.

Hemos indicado arriba á la *poesía épica* como influyente en la lengua y en la lingüística latina en el período *arcaico*. En efecto, de las tres especies métricas que es dado distinguir en la fase literaria mencionada (*saturnia*, *cómica* y *épica*) sólo á la *épica* son debidos progresos positivos. El *saturnio* que Andrónico y Nevio procuran sostener, á pesar de que no es ya puro y muestra bien el corte grie-

Al entrar en el período literario de la edad de Cicerón, vese no sólo acentuada la diferencia del *sermo plebeius* y del *sermo urbanus* del período arcaico, sino que también aparece aquél fraccionándose en múltiples dialectos correspondientes á las provincias que Roma iba conquistando, de donde más adelante debían resultar las lenguas romances que sobrevivieron á su imperio; de esta suerte, las luchas exteriores de los romanos mientras por una parte despiertan el espíritu literario y contribuyen á levantar la lengua grave y acompasada del Lacio, el *sermo urbanus*, á las alturas de cultísimo idioma, por otra prepara con las conquistas y la consiguiente imposición del habla latina elementos de destrucción de aquella misma gravedad y armonía en las clases populares, que producen con el *sermo rusticus* las mil variantes del *sermo provincialis* ó dialectos románicos. Y cuando la fuerza expansiva del dominio romano

go y su tendencia á cambiar definitivamente la medida del acento por la de la cantidad, dista mucho de tener la fijeza y fuerza suficiente para oponer á las desviaciones usuales, reflejamente literarias, dique estable y duradero; metro originariamente popular, conservó en todo tiempo el sello de su procedencia, y aun la timidez é inseguridad de sus pasos; al ser transformado le desautorizaron cada vez más para imponer ley á la lengua. Pero ni aun al entrar en Roma la métrica decididamente cuantitativa, cuya necesidad sintieron luego poetas, cómicos y trágicos al imitar los modelos griegos, de donde acabaron por tomar el verso como habían tomado el argumento, se dejó sentir su influencia benéfica en los dominios del lenguaje de una manera ostensible; la *poesía dramática*, en efecto, y en especial la *cómica*, lejos de oponerse á la corrupción lingüística del latín popular, buscó allí muchos de sus elementos y aceptó sin escrúpulos la pronunciación vulgar con todos los defectos contraídos por la acción del tiempo y la ausencia de vida literaria durante siglos, de donde provino el escaso respeto á la prosodia y la métrica irregular y abrumada de licencias que el aludido género literario llegó á sancionar. Otros fueron los procedimientos de la métrica *épica* (*exámetro* heroico y luego metro *elegiaco*) que desde Ennio domina entre los latinos, la cual ya por la naturaleza del metro empleado, ya por la mayor elevación de los asuntos, y no poco por obra y laudable empeño de los poetas, se opuso desde luego á las innovaciones del vulgo rechazando muchas de sus voces deformadas, restituyendo otras á su pristina pureza y estableciendo investigaciones regulares sobre las formas más legítimas de las palabras y el correspondiente valor prosódico de las mismas, con lo cual vinieron los *épicos*, á cuya cabeza encontramos á Ennio, á constituirse en beneméritos servidores de la etimología y de la lingüística de aquel tiempo.

realizaba así la *variedad* dentro de la *unidad* lingüística latina, el movimiento interior ocasionado sobre todo por la guerra social, llevaba otra *variedad glótica* de los itálicos á la unidad de la lengua del Lacio, reduciendo las varias estirpes de la familia itálica bajo el poder de Roma y consiguiendo que las provincias se *romanizasen* con la desaparición progresiva de los dialectos umbrio, osco y etrusco, sustituidos por el latín en poco tiempo.

A la época de Cicerón, en la cual llega la lengua de la prosa latina á su apogeo, como la lengua de la poesía tiene su edad de oro en la época de Augusto, le corresponde en la glotología romana lugar de importancia, no sólo por el número y significación de sus filólogos, sino también por la fijeza morfológica que entonces adquiere la lengua, el progreso sintáctico que se efectúa en ella merced á los estudios de éstos, y la riqueza léxica que la misma logra alcanzar sin detrimento de la corrección y tersura que ostenta por doquiera, hermanándose entonces, mejor que en época alguna de las letras romanas, los principios de la teoría lógico-lingüística (palabras abstractas, concretas, específicas, genéricas, etc.), las leyes de la retórica en su más amplia acepción y los preceptos gramaticales del habla de Roma. Por otra parte, la influencia griega, á que tanto debieron las letras del período anterior, se hace más sensible en éste, y no sólo se leen y traducen los escritores griegos, sino que las principales casas romanas se disputan el honor de servir de albergue á alguno de los muchos doctos maestros de la Grecia que se hallan en la ciudad, y que son escuchados con el entusiasmo siempre creciente que producen las letras en medio de aquella espléndida cultura de la latinidad (1).

(1) Mientras los griegos contemporáneos aflúan personalmente á Roma coadyuvando á la labor del perfeccionamiento literario, los antiguos maestros se hallaban presentes mediante sus libros. E. Paulo, ya vencedor, cuidó de trasladar á Roma una biblioteca completa de autores griegos que pudo alcanzar; después de la destrucción de Atenas, Sila hizo llevar á Roma la biblioteca de Apelicon, que contenía, entre otras, las obras de Aristóteles y Teofrasto, y Lúculo trajo de Oriente el mayor número de libros que pudo conseguir. De este modo el estudio y crítica de la literatura griega se hizo común entre los romanos, á quienes eran familiares lo mismo los grandes poetas de Atenas que los escritores de la época alejandrina. La *Iliada* (prescindiendo de las demás obras de todo género) se traduce por este tiempo dos veces (versiones de Cn. Mazio y de N. Craso, citado éste por Prisciano y Nonio Marcelo), imitándose de varias maneras

En el período de que nos ocupamos los críticos y gramáticos están en general á la altura de su época, y Suetonio en su libro *De Grammaticis*, enumera no pocos de éstos. Entre ellos habremos de mencionar, después del crítico Servio Clodio recordado con elogio por Cicerón, á Aurelio Opilio, maestro sucesivamente de filosofía, de retórica y de gramática, autor de un *pinax* ó índice de obras genuinas y no genuinas de Plauto, y de un tratado filológico *Las nueve musas*; A. Grifón, autor de dos volúmenes *De latino sermone*, á cuya escuela no se desdénaba de asistir Marco Tulio siendo ya pretor; M. Pompilio Andrónico, de origen sirio, que compuso un libro sobre los *Anales* de Ennio; L. Orbilio Pupilo, maestro de retórica y gramática, de quien fué discípulo Horacio; Ateyo Pretestato, llamado el *Filólogo*, maestro de Salustio, autor de una miscelánea en ochocientos libros con el título de *Hyle* —materia,— y de un trabajo sobre el arte de escribir dedicado á A. Polión; Valerio Catón, que enseñó en Roma en tiempo de Sila y en cuyo elogio escribió F. Bibacolo: *Cato grammaticus, Latina Siren— Qui solus legit ac facit poetas*; L. Cornificio, autor de la *Retórica á Herennio*; Staberio Ero, autor de un libro *De Proportione*, sobre la *Analogía*, y maestro de Bruto y Casio; Curcio Nicia, amigo de Cicerón, por él varias veces mencionado, autor de un estudio sobre Lucilio; Gavio Basso, que escribió además de varios comentarios, tratados *De origine verborum* y *De verborum significatione*; el notable filólogo Santra, autor entre otras obras, de una *De viris illustribus* y de la *De antiquitate verborum*. Con estos no hemos de dejar de mencionar á una de las grandes figuras de Roma que pertenece así á la historia política como á la literaria de esta época, á Julio César, historiador tan notable como literato ilustre, á quien se debe en este concepto además de su poema *Iter*, de sus exámetros sobre Terencio, de sus libros de sentencias etc., dos libros de gramática *De Analogia libri duo*. Pero singularmente son de citar en este período el eminente filólogo M. Terencio Varrón (llamado *Reatino* del nombre de su patria, para distinguirlo del otro Varrón, poeta, dicho *Atacino*), uno de los más grandes

las producciones homéricas en la epopeya dicha *mitológica*, reproducción literaria del mito griego en la época ciceroniana. El gusto griego había llegado á tal refinamiento entre los latinos, que la prosa inimitable de M. Tulio era, como es sabido, poco menos que inaguantable para los partidarios del estilo ático puro y de la elocuencia de Demóstenes.

polígrafos y el escritor más fecundo de toda la antigüedad latina, y además el erudito pitagórico Nigidio Figulo, también polígrafo insigne encomiado por Cicerón y celebrado por muchos como el más docto de los escritores romanos después de Varrón. De la multitud de escritos de Varrón sobre casi todas las ramas del saber (620 libros en 74 obras según los trabajos de investigación de F. Ritschl), pudiéramos contar á nuestro propósito los de crítica literaria, los de elocuencia, los de retórica y literatura, con la obra en veinticinco libros *De lingua latina*. De ésta (como de las demás obras del mencionado escritor) se ha perdido la mayor parte, no quedando más que seis de los veinticinco libros *De lingua latina*, que son del quinto al décimo, ambos inclusive, con algunas deficiencias y lagunas; los tres primeros están consagrados á cuestiones etimológicas, y los restantes á la flexión y sus leyes según las teorías dominantes en la época. (V. la edic. de Oft. Müller, 1830, y sobre todo la de Spengel de 1885).

Como Varrón, escribió Nigidio Figulo sobre asuntos especulativos y prácticos de todo género, y además de los trabajos de carácter literario, treinta libros de *Commentarij grammatici* muy celebrados en su tiempo.

Con los escritores mencionados ciérrase la tercera y última de las secciones en que hemos dividido la *edad antigua* de la filología romana que concluye con el siglo VII, para dar lugar á la *edad moderna* de los estudios literarios en general, y en especial á nuestro intento, de los lingüísticos. La *edad moderna* de la lingüística latina comienza, según queda dicho, con el imperio y comprende, como la antigua, tres secciones de tiempo: la edad de Augusto (712 de R.—42 a. J. C. al 14 de C.); el primer siglo de la era vulgar hasta la muerte de Trajano (14 d. J. C. al 117), y finalmente, el tiempo que corre hasta la entrada de la Edad Media desde el siglo II de la era vulgar.

Mudadas con la edad imperial las condiciones políticas de Roma, el movimiento literario que jamás fué extraño al medio ambiente social en que se origina y sostiene, no pudo permanecer indiferente á las nuevas direcciones que solicitaban á la inteligencia y á los distintos alicientes y estímulos que se ofrecían. El cultivo de la elocuencia que á tan extraordinaria altura llega en la época ciceroniana, decayó visiblemente; la poesía vino á prevalecer sobre la prosa, y alimentada con los grandes modelos del arte griego, alcanzó en fondo y forma, y más en ésta que en aquél, los quilates de perfección suprema, y si bien por entonces no se ha cambiado de plan en las escuelas,

la enseñanza no tiene ya el carácter práctico que fué tradicional é histórico en toda la vida del pueblo romano, sino que á la inversa de la antigua Roma, busca la moderna en las letras el fin especulativo de la ilustración y de la cultura, con lo cual los maestros de los varios grados de Gramática y de Retórica (bien que éstos no tardasen en decaer) adquirieron mayores prestigios y trataron á su vez de encaminar más señaladamente al ideal de la literatura las reglas de sus respectivas disciplinas. Las bibliotecas creadas por este tiempo en Roma (la de Polión, en el atrio de la libertad, las dos octavianas, una en el templo de Apolo Palatino, y otra en el pórtico de Octavia), fueron un gran aliciente para el cultivo de los estudios gramaticales con tendencias críticas y de formación del gusto literario sobre los modelos griegos y romanos anteriores, y el hecho mismo de que el clasicismo de Julio César y de Marco Tulio tendían á desaparecer en los prosistas del tiempo de Augusto, mientras en éstos se encendía cada vez más el deseo (poco discreto en la ejecución) de mantener íntegro y puro el depósito de la lengua, contribuyó no poco á los prestigios de los preceptores de la Gramática, de quienes se esperaba lograsen conjurar los peligros inminentes de una total decadencia latina. Los *sermões provinciales* de que hemos hablado antes, hacían en efecto su camino, y si en todo el occidente del Imperio, en las Galias, en Africa, en España, dominaba el latín, sobre él hacían sentir su eficacia los dialectos y lenguas de estas regiones conquistadas que le llenaban de provincialismos. Estos provincialismos llegaron á Roma como llegaron gentes de todas las regiones del imperio que no conseguían presentarse sin los dejos de su habla nativa (de ellos no alcanzaron á despojarse escritores como Séneca y Tito Livio) amenazando así invadir con sus giros y locuciones el *sermo urbanus* en la misma ciudad de las siete colinas. Por otra parte sustituido el ideal de la elocuencia por las eléancias cada vez más correctas y fascinadoras de la poética latina que á maravilla hacían resaltar á la sazón las obras de Virgilio, Horacio y Ovidio, los prosistas romanos con marcado mal gusto y cual si las imágenes y giros de la poesía, los arcaísmos alguna vez en ésta reproducidos por motivos de arte así como metáforas, construcciones é imitaciones propiamente griegas pudieran sin detrimento de la lengua trasladarse á una prosa limpia y bien entendida, trataron de ajustar al estilo poético las producciones no sujetas al metro, con lo cual aquel lenguaje que en los poetas era de insuperable elegancia, resultó en los prosistas vicioso y reprochable, acentuan-

do en la época de Augusto ya que no la decadencia, el carácter de una etapa de transición que verdaderamente le corresponde.

Entre tanto decaían de sus primeros prestigios los retóricos, cuyas escuelas iban degenerando como las que antes prepararon el decreto de expulsión de Craso y Domicio. Entre los nombres dignos de respeto quedaban en esta edad el del español M. Porcio Latrone, el de A. Fusco, asiático, el de C. A. Lilo, italo, etc., y sobre todo el del eminente cordobés A. Séneca, gloria legítima de España y de Roma al mismo tiempo (1). Los gramáticos, que supieron mejor sostener su disciplina, gozaron de mayor estima al mismo tiempo que dejaron sentir con más

(1) No han faltado quienes, como Posevino, R. Agrícola y otros, han identificado á Marco Séneca el retórico, y á Lucio Séneca el filósofo y filólogo, opinión que de antiguo fué desestimada (y que contradice Marcial, *Epigr. LXII*), acabando por ser rechazada de la crítica en absoluto. Entre los más explícitos y concretos en señalar la diversa personalidad y representación literaria de ambos Sénecas, padre é hijo respectivamente, figura el Volaterrano, señalándose con él Justo Lipsio, Ambr. de Morales, Andrés Scoto, Luis Vives etc.

Por lo que hace á Lucio Séneca, á quien nos referimos aquí, puede verse su mejor biografía y completa relación de lugares de escritores antiguos que citan ó se ocupan del ilustre cordobés (trabajos ambos de J. Lipsio), en la edición plontiniana *L. Annaei Senecae Philosophi opera quae exstant omnia — a Justo Lipsio emendata et scholiis illustrata*—M.DCLIII. De ella toma Nicolás Antonio la mayor parte de sus datos; y á la *Biblioteca ant.* de éste, así como á la *Biblioteca lat.* de Fabricio, remitimos el lector por lo que se refiere á las supuestas epístolas entre Séneca y San Pablo, que aparecen en algunas ediciones de L. Séneca y se han impreso también separadamente.

Entre las ediciones completas de Séneca, es de mencionar, además de la indicada de Plontino, la parisiense de Adriano Tiffaine (1619), que contiene las obras de los dos Sénecas, acompañando á las de Lucio Séneca, á más de los comentarios de Lipsio, la crítica de Erasmo y una gran colección de tratados compuestos con pasajes y doctrinas de Séneca, por Dionisio Godofredo, los cuales se han traducido á muchos idiomas. Entre ellos figura uno intitulado: *De Artibus, quas liberales vocant, ut Grammatica, Rethorica, Oratoria, Declamationibus, Historia, Poetice, Dialectice, Sophistice* etc. Otra edición parisiense de 1627 lleva, entre otros comentarios, los de Mureto, Godofredo, Erasmo, Lipsio, Scoto, el Pinciano, Morello, Isaac Pontano etc. Las ediciones posteriores, sin excluir la correcta de los *Elzivirios*, apenas son otra cosa que reproducción de las dichas y de mayor ó menor número de sus comentarios mencionados.

eficacia su influencia. Recordemos además del notable filólogo español C. J. Hyginio bibliotecario de la Palatina (1), á P. Rutilio Lupo, gramático y retórico, autor de una obra en dos libros *Skemata lexeos*, trasunto de otra de un retórico griego, Gorgias (contemporáneo de Rutilio), que trataba de las figuras de pensamiento y de las de palabra, y de la cual sólo se conserva la segunda parte; Sinio Capitón que escribió además de sus libros *De Antiquitatibus*, muchas epístolas gramaticales; M. Verrio Flaco quien, á más de sus *Fasti, Rerum etruscarum*, etc., publicó su *De verborum significatu*, del cual tenemos el extracto *De Significatione verborum*, de Festo, compendiado á la vez por Pablo Diácono en el siglo IX; Cecilio Epirota, el primer comentador gramatical de Virgilio y de otros poetas con-

(1) Cayo Julio Hygino es el filólogo español más antiguo, correspondiente á la edad de Augusto. De él se ha ocupado con elogio Suetonio, *De illustr. Grammaticis*, como discípulo distinguido del gramático griego Cornelio Alejandro, llamado *Polyhstor* por su erudición de la antigüedad. El mismo Suetonio le declara español; con el sobrenombre de *Polyhstor*, como su maestro, se le conocía cuando fué Prefecto de la Biblioteca Palatina, donde adquirió renombre y muchos discípulos, contando entre las personas de su amistad á Ovidio, M. Séneca, al Cónsul C. Licinio etc.

Sobre el número de obras de Hygino, "docto en todo género de letras", según Ambrosio Morales, "grande hombre en la profesión de Retórica y comentador insigne de Virgilio," como dice Luis Vives, no todos están conformes. Entre los trabajos que nadie le disputa están sus Comentarios á Virgilio y el tratado *De vita rebusque illustrium virorum*, que es citado por A. Gelio en el libro I de sus *Noches Aticas*, por S. Jerónimo, en el Prólogo al tratado de los *Escritores eclesiásticos*, y por Asconio Pediano en su Comentario á Marco Tulio.

Luis Vives en su *Prefacio* á la Geórgica de Virgilio habla de Hygino como conterráneo suyo, y de él se ocupan también con encomio, entre otros, Ambrosio de Morales en el libro VIII de la *Crónica general de España*; Mariana en el libro III de su *Historia*, y en especial Nicolás Antonio en el libro I de su *Biblioteca*.

No han faltado quienes erradamente tuvieron á Hygino por *Alejandrino*, sin otro fundamento que el origen de su maestro Cornelio Alejandro, griego de nación, y la aptitud para el equívoco en el calificativo *alejandrino* del nombre de su maestro. Cual fuese la verdadera patria de dicho gramático Cornelio Alejandro es objeto de discusión por las encontradas noticias que de él nos dan Stéfano, Suidas y otros escritores, conviniendo todos, sin embargo, en su mérito como gramático y hombre de saber.

temporáneos; el filósofo L. Crasicio, preceptor de Gramática y comentador del poema *Smirna* de Elvio Cinna; Scribonio Afrodisio que escribió *De Orthographia*; y Clodio Tusco, del cual se ha conservado tan sólo su Calendario astronómico en la traducción griega de Lorenzo Lido.

Entramos en la segunda fase de la edad moderna de las letras latinas, ó en el siglo primero de la era vulgar. Y si bien la herencia literaria, sobre todo poética, de la época anterior pudiera haber contribuido al mantenimiento de la cultura en este siglo, la opresión política y el espíritu superficial entonces dominante obstaron á ello; retóricos y gramáticos siguieron un mismo derrotero perdiendo su primitivo ascendiente. He aquí los nombres de los gramáticos-filólogos más salientes: Julio Modesto, cuyo es el tratado *Quaestionum confusarum*; M. Pomponio Marcelo, crítico, adversario de innovaciones, y de todo solecismo y neologismo; el maestro de Quintiliano, Q. R. Palemón. Bajo Claudio y Nerón, Asconio Pediano, comentarista notable de Cicerón (suyos son además de sus coment. sobre M. Tulio gran parte de los *Scholía Bobiensia*, publicadas por el Card. Mai, mientras que los coment. que le atribuye Poggio no le pertenecen); Valerio Probo, de Beirut, comentador al estilo de los gramáticos alejandrinos con sus clásicos, de Virgilio, Horacio, Lucrecio etc., corrector de libros latinos, y autor de un trabajo *De notis* ó tratado de abreviaturas, del cual se conserva parte muy importante para la interpretación. Otros trabajos gramaticales que se le atribuyen son de escritores posteriores á Probo. De este tiempo se cree fué Emilio Aspro, comentador distinguido de Terencio y de Salustio, abonando tal creencia la polémica que sostuvo con Cornuto, gramático ilustre, de cuyas *Quaest. Vergil.* quedan fragmentos coleccionados. En tiempo de Trajano, Velio Longo autor de un tratado *De Orthographia* y comentador de Virgilio; Flavio Capro, que escribió *De dubiis generibus*, *De latinitate* ó *Libri enucleati sermonis*, y al cual se le atribuyen otros escritos gramaticales, los cuales, si bien pudieran pertenecerle originariamente, han pasado sin duda alguna por ulteriores modificaciones (1). A esta época corresponde también el *Stromateus —Lectiones antiquae—* de Ceselio Vindice,

(1) En la labor tan erudita como interesante de Keil, *Grammatici lat.*, la cual es de consultar, con sus demás trabajos sobre los tratadistas latinos, cuéntanse como de H. Capro dos escritos, uno de Ortografía y otro *De verbis dubiis*, los cuales ciertamente no son de él, por lo menos tales cuales llegaron á nosotros y hoy se hallan.

citado en los gramáticos posteriores por su método especial, aunque disintiendo éstos no pocas veces de su doctrina.

Al comenzar la tercera y última fase de la filología romana, ó sea con el siglo segundo de la Era vulgar (desde Adriano á Septimio Severo) la literatura latina muéstrase cada vez más caminando á la decadencia (1). La lengua mientras que por entonces adquiría la norma definitiva de su desarrollo fonético y morfológico, admitía para la sintaxis construcciones no legitimadas por los clásicos, en la parte léxica voces inusitadas y exóticas, y en la dicción y estilo giros extraños á la prosa latina. Y si bien la cultura adquiría mayor extensión llegando á pueblos alejados de Roma, la originalidad disminuía en razón directa de este desarrollo, cultivándose el latín clásico y el griego (que continuó estudiándose por los latinos y aun escribiéndose por algunos) más como instrumento para la crítica y para la erudición general sobre escritores anteriores, que para hablarle ó reproducirle en nuevas obras. Los escritores eclesiásticos que hasta este tiempo habían empleado la lengua griega

(1) No hemos de omitir aquí un recuerdo al emperador romano, español de origen Elio Adriano, maestro consumado en letras griegas y latinas y autor de buen número de trabajos en prosa y verso, de cuya universal cultura hablan, entre otros, Dión Casio, Apiano Alejandrino, Eusebio y Suidas, el cual en su *Lexicon*, colócale entre los cultivadores de la filología griega y latina: *Φιλολόγος ἦν ἐν ἑκατέρᾳ τῇ γλώσσῃ καὶ τινα περὶ καὶ ἐν ἑτέροις ποιήματα παντοδαπὰ κτέλιπε κ. τ. λ.* "Era filólogo en una y otra lengua, y dejó escritas varias obras en prosa, y poesías de todo género etc." (Ob. cit., voz *Ἀδριανὸς*).

Entre los diversos escritos de Adriano, cuéntanse el conocido con el nombre de las *Sentencias* que anda unido á la Gramática de Dositeo en ediciones antiguas, trabajo editado por Enr. Stéfano, el cual refiere Fabricio (t. VII de su *Bibliot. gr.* hablando de Dositeo) corrigió J. Cuiacio según un ejemplar más perfecto de la *Gramática* y *Sentencias*. En los *Ejercicios gramaticales* de las *Excerpta latino-graeca* publicadas por E. Stéfano, van comprendidas también las *Sentencias* de Adriano. Este mismo trabajo unido á la citada Gramática de Dositeo, se publicó en Leyden (1717) en griego y en latín con notas de A. Schulting.

De otro trabajo de Adriano, de carácter ortográfico, hay indicios en el libro griego publicado por David Hoeschel, cuyo título puesto allí en latín: "Librorum quos legit Photius patriarcha excerpta et censurae." Léese, en efecto, en una nota inserta en él: *Ἄνεργωθη ἀδριανῶν εἰσαγωγή τῆς γραφῆς, χρήσιμος τοῖς εἰσαγομένοις ἢ βίβλος.*

(el Papa San Víctor I inició en la cátedra de Roma la literatura eclesiástica en latín) reaccionaron un tanto en el cultivo del idioma romano, pero sin tratar de restablecer directamente lo antiguo, y levantando con una nueva civilización, lenguaje apropiado á una nueva cristiana literatura.

La falta de producciones originales ocasionando el desarrollo de la crítica de las obras clásicas, hizo al mismo tiempo mantener la importancia de los estudios gramaticales que siguieron cultivándose. Al segundo siglo de la Era vulgar corresponden entre otros: Q. T. Scauro, comentador de Plauto, Horacio y Virgilio, y autor de una gramática latina, de la cual se conserva parte tan sólo; el cartaginés G. Sulpicio Apolinar, autor de *Quaestiones epistolicae*, crítico de la *Eneida* y de Terencio, y maestro de Gelio. Elenio Acrón, escoliasta de Horacio (aunque la exposición que hoy lleva su nombre no le pertenece, y es de un pseudo-Acrón del s. VII) y de varios escritos gramaticales; P. Porfirión, de quien nos quedan sus importantes comentarios horacianos. Deben también mencionarse aquí las excelentes *Noches Aticas* de Aulo Gelio, especie de *Veladas* y *Miscelánea* en veinte libros (falta el 8.º del cual sólo se conserva el índice) de muy subido valor por las noticias que suministra y fragmentos que conserva. También debe colocarse según muchos en esta época á Festo, el celebrado compendiador de Verrio Flaco.

Al tercer siglo de la Era vulgar (desde Caracalla á Dioleciano), pertenecen los gramáticos: Julio Romano y Censorino, de los cuales no se conservan escritos gramaticales, si bien fueron autores de renombre; Nonio Marcelo, bien conocido por su obra *Compendiosa doctrina per litteras* (esto es, por orden alfabético, aunque lo quebranta), que si no es tratado de gran crítica es meritísima recopilación gramatical (edic. de L. Müller, 1888, y de Onions, 1895). Corresponden igualmente á esta época los tres libros sobre *Artes grammaticae* de Mario Plozio (reprod. en Keil, *Gramm.* 6.º), en la cual obra trátase también de *métrica latina*. El *arte métrica* es además cultivada por Guba —*Ars métrica*— que no se conserva, y fué utilizada por Aftonio en su obra *De metris omnibus*, como luego se sirvió de ésta Mario Victorino al componer su *Ars grammatica*.

En el siglo cuarto y primera mitad del quinto (desde Constantino y Galerio hasta la caída del imperio), brillaron en los estudios gramaticales y críticos: Cominiano, que escribía en tiempo de Constantino su *Ars grammatica*; Mario Victorino, á quien se le atribuyen además de los cuatro libros —*Ars grammatica*,— un opúsculo *De metris* y otra compendiosa *Ars gram-*

*matica* que probablemente no le corresponde; Elio Donato, autor de una *Ars grammatica*, á la que principalmente debió su nombre durante la Edad Media; Carisio, cuyo *Ars* es en buena parte reproducción del trabajo citado de Cominiano; Servio, comentador del arte gramatical de Elio Donato. El *Ars métrica* fué singularmente cultivado por el citado Victorino, que ocupa con esto parte principal de su Gramática; por Atilio, cuya *Métrica* ha llegado á nosotros (v. Keil, *Gramm.* VI); por el mencionado Servio que escribió sobre los metros, comentando también á Virgilio, como gran parte de los gramáticos dichos comentaron diversas obras clásicas; por Flavio Mario, que al finalizar el siglo cuarto publicaba su opúsculo *De metris*. De Macrobio, que escribía á principios del siglo quinto, quedanos, entre otros trabajos los *Libri Saturnalium*, obra dialogada que suministra gran caudal de datos sobre la antigüedad romana, de reconocido valor en Filología. A la primera mitad del mismo siglo pertenece la singular obra *De nuptiis Philologiae et Mercurii* (edición Eyssenhardt, 1866) del africano Marciano M. F. Capella, donde las siete artes liberales desempeñan su papel peculiar, y van expuestas en sus libros respectivos. Poco antes de la caída del imperio de Occidente escribían sus comentarios al *Ars* de Donato Cledonio de Roma y Pompeyo de Mauritania, así como el gramático Foca, que además de la *Vita Vergilii* en exámetros, dejó su *Ars de nomine et verbo*, y Consencio Galo, de cuya Gramática se conserva y reprodujo Keil los capítulos *De nomine et verbo*, y *De barbarismis et metaplasms*.

En el siglo sexto, y entre las ruinas del imperio caído, brillan aún en los estudios glotológicos: el eminente Casiodoro, con sus *Instit. divinarum et saecularium litterarum* (enciclopedia religiosa y de las artes liberales), y con su tratado *De orthographia*, obras ambas que corresponden al segundo periodo de su vida literaria; Prisciano, que compuso en Constantinopla su importantísima obra *Institutionum grammaticarum* en dieciocho libros; su discípulo Eutiques, del cual queda un tratado del verbo en dos libros; y finalmente el gramático francés Virgilio, cuyos *Epitomae* son harto inexactos y deficientes (su *Epitoma de metris* ha sido recientemente objeto de estudio y discusiones por sus doctrinas sobre el verso, á que aludimos en otro lugar).

En el siglo VII la obra que se impone y que domina toda la Edad Media, sale de la España visigoda; son los veinte libros *Etymologiarum — Originum —* de San Isidoro de Sevilla, monumento literario que si desde el punto de vista crítico puede

participar de los defectos de la época en que fué escrito, y bajo el aspecto filológico representa las tradiciones comunes en las escuelas romanas, levántase como obra de conjunto y por la universal erudición que encierra sobre cuantas se han escrito con igual fin y carácter (1). Después del insigne autor de las

---

(1) La gran obra enciclopédica de las *Etimologías*, compuesta con fines didácticos, aunque la disposición del plan no corresponda á ellos de una manera completa (debido, sin duda, á que no llegó S. Isidoro á darle la última mano, ni es suya la división en libros que presenta aquel trabajo), incluye las *artes liberales* (los *siete saberes*) del *trivium* y *cuatrivium*, según la antigua tradición que menciona ya Casiodoro, ocupando el primer lugar la *gramática*, la *retórica* y la *dialéctica*, principios de los estudios filológicos. Aunque la influencia de la escuela hispalense hizo mantener en la Edad Media aquella distribución, los árabes y judíos la modificaron, sin embargo, suprimiendo del *trivium* la *gramática* y la *retórica*, como del *quatrivium* la *aritmética* y la *geometría*, según lo declara Pero Alonso en su *Disciplina clericalis*.

En las *Etimologías* muéstrase S. Isidoro conocedor profundo de todo el saber filológico griego, romano y de la decadencia, y si bien en la parte puramente lingüística y etimológica se echa de ver en cada página la deficiencia de los métodos y procedimientos empleados entonces en dicho orden de conocimientos, no puede menos de ser admirado el caudal de erudición de todo género que allí se hace manifiesto. Varrón, Donato, Prisciano, Festo, Verrio Flaco, los parnasos hebreo, griego y latino, los preceptos de la retórica romana y helénica, las doctrinas de Porfirio y las de la dialéctica de Aristóteles, han venido á prestar tributo á los *Orígenes* ó *Etimologías* en las tres mencionadas disciplinas que constituyeron el *trivium* antiguo.

No mencionaremos aquí otros libros de S. Isidoro que, como el *De differentiis sive proprietate verborum*, l. prim., y el *Alius differentiarum seu de proprietate sermonum liber*, pertenecen á los estudios filológicos y tienen no pequeño mérito, pero quedan superditados por el nombre y honor alcanzado por las *Etimologías*.

Debemos advertir que el segundo de estos libros no se encuentra en todas las ediciones de las obras isidorianas. Figura en la que tenemos á la vista (*S. Isidor. Hispal. Episc., Opera omnia quae extant*, Parisiis 1601) y en la de Colonia de 1617, reproducción de ésta. En ambas está tomado dicho trabajo de la edic. matritense de 1599, en la cual, como en la de París de 1580, se han incluido otras varias obras que Belarmino reputa apócrifas en su *De Scriptoribus ecclesiasticis*. En la edic. de Madrid hecha de orden de Felipe II, aparecen el 1.º y 2.º *Differentiarum* (de los cuales hemos indicado á nuestro objeto el primero), más no el *Alius differentiarum*. Dicho

*Etimologías* y como señalando los umbrales de la Edad Media, aparecen en el siglo octavo los estudios de métrica de Aldelmo Obispo de Salisbury, los de gramática del venerable Beda y del monje benedictino, luego Arzobispo, Tatuino, cerrándose la época de la glotología romana para dar lugar á la de los tiempos medioevales que comienza con el extracto de Festo hecho por Pablo Diácono.

---

primer libro está en esta edic. revisado por P. Pontino, notando lo que hay en él de los gramáticos antiguos. Las *Etimologías* lo han sido á la vez por Antonio Agustín, Chacón y A. Covarrubias. La versión española de esta obra hecha en el siglo XIII, no tiene la división en libros, trabajo de S. Braulio, sino únicamente en títulos y capítulos, como la dejó S. Isidoro, cuyo original se intentó imitar. Sobre la norma del gran doctor español, daba años después el venerable Beda, muestras de su saber no sólo en las letras sagradas sino en el clasicismo antiguo y estudios filológicos.